

UN TRATO

Wakefield (Lluís Oliván Sibat)

Cuando me marché de casa de mi madre a un piso cochambroso en Hospitalet debí haberme llevado a mi hermano David, pero no lo hice. NI tan siquiera le pregunté si quería venir. David era una copia sucia de mí mismo. Sí, sucia en el sentido más literal: a sus doce años, iba por la calle hecho un muestrario de manchas, con los pantalones caídos arrastrando los bajos deshilachados por el suelo. A los doce años, mi hermano David parecía un niño abandonado; casi lo era.

Un lunes de abril, tres meses antes de marcharme, encontré a mi hermano en el jardín (un nombre muy pretencioso para el montón de hierbajos sin control que invadían un terreno pequeño y sombrío) hurgando en el motor de la Vespino que había sido mía y anteriormente de mi hermano mayor - pero en realidad no fue propiedad de ninguno de nosotros -, con las manos y la camiseta llenas de grasa. Vivíamos en una casa situada en la parcela número mil trescientos cuarenta y ocho de Can Salgot, una de esas urbanizaciones ilegales que proliferaron durante los setenta en algunos municipios de la provincia de Barcelona, no muy lejos de la capital, para beneficio de especuladores que convirtieron bosques y terrenos agrícolas en parcelas para las segundas residencias del proletariado, con la connivencia de los alcaldes tardofranquistas. Ahí, durante los fines de semana, hombres como mi abuelo ejercían de albañiles junto a sus cuñados, levantaban paredes como podían y las cubrían con uralita, ensayaban imposibles alicatados exteriores mezclando restos de azulejos. Las calles del barrio, sin aceras ni iluminación ni alcantarillado, serpenteaban en desorden cruzando bosquecillos de pinos cargados de procesionaria y torrentes convertidos en vertederos ilegales de basura. La casa era de mi abuelo, su constructor, pero él no llegó nunca a vivir en ella; Fue ocupada rápidamente por su hija y sus cachorros.

Me acerqué a David en silencio, parecía concentrado, se mordía la lengua mientras intentaba, al parecer con poco éxito, aflojar un tornillo usando una llave allen.

- Deberías ducharte y cambiarte de ropa, David - dije, intentado adoptar un tono amable. David no se sobresaltó.
- ¿Por qué? - respondió sin mirarme.
- ¿Porque vas hecho un cerdo?
- ¡Bah!
- Vas a la ducha queriendo o la fuerza.
- ¡No me toques! ¡Que no me toques, hijoputa! ¡Suéltame!

La escena se repetía, con variaciones, un par de días a la semana, pero esta vez la violencia fue mayor, por primera vez hubo sangre, no en vano David crecía y engordaba día a día, no me era nada fácil llevarlo en volandas y escapar sin daño por su pataleo. Un puño rosado me golpeó la nariz, a las manchas de grasa de su camiseta se añadieron ahora unas gotas de mi sangre. Mi madre dormitaba con toda su grasa desparramada sobre el sofá, emitiendo unos soplicos prolongados que se convertían, al final de su ciclo, en ronquidos y se superponían al vocerío de la televisión de veintiocho pulgadas. David se agarró a la cortina del salón y tiró de ella con tanta fuerza que la desgarró. Una argolla de madera rebotó en el suelo y fue a parar al regazo de mi madre.

- ¿Qué pasa? - rebuznó mi madre.
- Nada, Mamá - respondí, colocando mi pecho contra la espalda de David y agarrándole los dos brazos -. No te preocupes.

Le tumbé sobre su cama y coloqué mi rodilla sobre su pecho, inmovilizándolo. Mis noventa y tres kilos surtieron efecto. Estaba harto. Y además estaba triste. Harto porque había ido ya tres veces al instituto a entrevistarme con sus profesores, sustituyendo a mi madre que, según afirmaba ella misma, no podía salir por la puerta por prescripción facultativa - aunque ella no usaba estas palabras. Apenado porque yo fui como él, un adolescente repugnantemente sucio, pero mis hermanos mayores no estaban ahí para remediarlo; al parecer, para David yo tampoco estaba: llevaba meses pasándose por el forro mis consejos - corrían el peligro de convertirse en amenazas.

- Oye, David, ya eres mayorcito. Dúchate y preocúpate de ir limpio al instituto.
- No quiero ir al instituto.

- Tienes que ir.
- No me da la gana, es una mierda, no sirve para nada.
- Es tu obligación.
- Y a ti que te importa si voy limpio o sucio.
- ¡Coño, David, que soy tu hermano!
- Medio hermano. Así que déjame.
- Hagamos un trato, ¿Si te suelto te sientas tranquilito y hablamos como coleguitas?
- Bueno.

Es cierto, David y yo sólo somos medio hermanos, pero esa condición la reúnen muchos aunque la desconozcan. En mi familia todos somos medio hermanos y lo sabemos. Mi hermano y mi hermana mayores, David y yo mismo tenemos padres diferentes - o eso nos ha contado mamá. Mi hermano mayor, Willy, conoció a su padre y dice que también al de Sara y al mío. Pero yo no los recuerdo, y además no podías fiarte de Willy, era un mentiroso, un cuentista.

Un año antes de que le encontrasen muerto por sobredosis, se presentó en casa con un Citroën AX negro.

- Sal Ivan. Vas a ver el coche que me he comprado.

Salí a la calle. Willy posó su mano en mi hombro. Willy medía, como yo ahora, un metro ochenta y cinco o un poco más. Yo aún andaba por el metro cuarenta y pico, tendría entonces once años.

- Este es. Un AX mil cuatrocientos.
- ¡Negro! ¿Y tiene radiocassette?
- ¿Quieres ver como suena?

Abrió las puertas y el maletero - que era de plástico o de fibra de vidrio, se doblaba si no tirabas de él desde el centro- y puso una canción de El Último de la Fila, creo que Aviones Plateados. Los cristales vibraban y Willy se reía y simulaba tocar la guitarra, su cadena de oro oscilaba con cada acorde imaginario. Se abrió una ventana de la casa y por ella asomó Sara, nuestra hermana.

- Baja la música, idiota.

Willy se reía con su risa contagiosa.

- ¡De qué os reís, gilopollas!

- Nos reímos de ti, por supuesto - dijo Willy, guiñándome un ojo -. De la princesa del barrio.

Me encantaba la seguridad de mi hermano. Cuando hablaba, abalanzaba la mitad de su cuerpo hacia su interlocutor, intimidándolo. Ese día llevaba una camiseta amarilla con las mangas recortadas para mostrar completamente sus bíceps, no muy voluminosos pero perfectamente definidos, con una vena azul que los cruzaba oblicuamente.

Una piedra rompió un faro del AX. Sara, encaramada a la verja metálica que separaba el jardín de la acera inexistente, tenía un montón de piedras sobre uno de los pilares de obra y bombardeaba el coche con bastante puntería.

-¡Me la vas a pagar, hija de puta! - gritó Willy mientras corría hacia la verja. Pero Sara ya había entrado en casa y se encerraría, de eso estábamos seguros Willy y yo, en el cuarto de baño.

Pero Willy está muerto y de mi hermana Sara no he vuelto a saber en los últimos siete años, imagino para ella destinos trágicos o felices. A veces pienso que ha muerto como Willy, tirada en una esquina, olisqueada por los perros, en un charco de orina de vagabundo; otras, que se ha casado con un rico empresario y tiene un niño rubio, flaco y limpio; un niño que es la antítesis de mi hermano David, con su pelo negro, crespo y grasiento, su nariz ancha, su cara de pan, sus mejillas rojas de campesino siempre tiznadas, su papada de viejo.

Ese lunes de abril David y yo llegamos a un acuerdo: debía ducharse, como mínimo, cada dos días, cambiarse de ropa con más frecuencia y no faltar al instituto. A cambio, yo me comprometía a llevármelo de vacaciones durante quince días el próximo verano.

- ¿En tu moto? - a David le encantaban las motos. La mía, una Yamaha Virago 600 de estilo *custom*, con sus piezas cromadas siempre relucientes, lo traía loco - y a mí también, aunque fuera de segunda mano. A los diecinueve años era mi única posesión.
- En mi moto.
- ¿Y a dónde vamos a ir?

- No sé, ya veremos.
- Yo quiero ir a Marbella.
- ¿Así que hay trato?
- Vale. Pero vamos a Marbella.
- Si cumples.....

Willy me llevó en coche a la Feria de una ciudad vecina, a montar en los autos de choque. Era el rey de la pista, conducía con una sola mano y nunca le daban, esquivaba a todos los coches conduciendo marcha atrás.

Salimos del auto, había tres tipos parados frente a nosotros. El más bajito - con el pelo largo, negro, rizado, un bigote fino y perilla de mosquetero- movió espasmódicamente los hombros, como si le molestaran las múltiples cremalleras de su cazadora de piel negra, se tocó con la mano izquierda el paquete - los pantalones tejanos, estrechísimos, se pegaban como otra piel a sus piernecillas- y hizo un gesto con el índice a Willy. Miré a mi hermano, vi sus hombros caídos, la vista clavada en sus pies, ni rastro de su arrogancia habitual.

- Toma Iván. Échate una partidita en el tiro - sacó de su bolsillo una moneda de veinte duros y con el reverso de la mano me indicó que me alejara - Ahora voy.

Disparé sin mucha convicción y con algún remordimiento; no le di ni a un solo palillo en cinco disparos. Compré un helado y esperé frente a la caseta a que volviera mi hermano; no lo veía por ningún lado. Unos minutos después -ya hacía rato que el helado sabía a madera- llegó mi hermano; cojeando, con un ojo hinchado y una rozadura ensangrentada en el cuello. No llevaba su cadena de oro.

- Vámonos - dijo, pegándome una colleja.
- ¿Qué te ha pasado? - pregunté.
- Que me he encontrado con un heavy hijoputa y con sus amiguitos. Y punto. El dinero hace a la gente mala, a ver si te entra en la cabeza - no sé si me lo decía a mi o a él mismo, porque se dio dos o tres golpes con la mano en la frente -. El puto dinero. Pero quédate tranquilo - apoyó su mano en mi hombro y me miró a los ojos, solemne -, que las heridas son los adornos del hombre.

- Oye Willy, que el coche no está por ahí.
- No hay coche. Se acabó el coche. Pero no te preocupes que tú esta noche no vuelves a pie.

Iba a abrir la boca pero me callé y empecé a andar tras mi hermano. Salimos de la feria. Mi hermano miraba a un lado y a otro, buscaba las calles menos iluminadas. Al final, en un descampado lleno de vehículos, Wily sacó unos alicates del bolsillo trasero del pantalón y cortó la cadena de una Vespino. La puso en marcha.

- ¡Sube!

Claro que subí. No podía creer que estuviéramos robando una moto, no podía creer eso de mi hermano.

Por la mañana, encontré una nota garabateada en un papel amarillo pegada en el armario de mi habitación.

ME PIRO

QUÉDATE LA MOTO

Se había marchado de verdad. No lo volví a ver hasta el verano siguiente, pero para entonces no le quedaba ya nada de su chulería: no tenía sentido dentro de una caja de madera.

Usé esa moto con doce años y supongo que aún ahora la usa, con la misma edad, mi hermano David, mi hermano que es como yo aunque tenga otro padre.

Estábamos un junio, pronto llegaría la verbena de San Juan y el final de curso. David había cumplido, hasta el momento, su parte del trato. El día anterior a la llamada del director del instituto, yo había comprado un casco para él, un casco integral azul y amarillo, de la misma marca que el mío: sabía que le iba a gustar, sabía que no lo esperaba. Mamá me dijo que habían llamado del instituto.

- A saber qué habrá hecho el David - me dijo mientras cambiaba de canal -. Llama a ver si tienes que ir.

Tuve que ir, por supuesto.

A la vuelta del instituto en su habitación.

- Supongo que sabes que no hay vacaciones.

- ¿Pero por qué? Yo he cumplido, mírame - David me enseñaba los codos que, a diferencia de unos meses atrás, no eran negros.
- La que has liado David. ¿Pero cómo se te ocurre incendiar un váter y reventar la cisterna con un petardo?
- No he faltado ni un día al instituto.
- Que no estamos hablando de esto, David. Me tienes hartos.
- He ido a todas las clases y me he duchado casi cada día. Ése era el trato.
- Contigo es imposible hablar. No razones.
- Eres un mentiroso y un cabrón.

Le pegué. Me da vergüenza contarlos, pero le pegué una bofetada con todas mis fuerzas. La violencia del golpe lo tumbó sobre la cama.

- Eres un mentiroso y un cabrón.

Un chillido agudo vino del salón.

- Vale ya de gritos, que una no se entera de nada ¡Salid a pelearos a la calle!

El volumen de la televisión subió.

- Mentiroso cabrón.

Yo no pedí disculpas, en mi familia nadie pidió nunca disculpas, en mi familia no existe el arrepentimiento.

- A Marbella te va a llevar tu puta madre - dije.

Me fui de casa en julio. Mi hermano David no me había dirigido más la palabra. Llamé a la puerta de su habitación para despedirme.

- David. Abre, por favor - golpeé más fuerte -. Quiero despedirme, abre, joder.

Esperé durante cinco minutos frente a su puerta. Mi madre cruzó el pasillo arrastrando los pies metidos en sus zapatillas acolchadas.

- ¿No te ibas ya? - dijo con una mueca, y se metió en la cocina.

Oí cómo se abría la puerta de la nevera y el siseo de una lata de refresco al abrirse.

Dejé en el suelo, frente a la puerta de la habitación de David, el casco que había comprado para él.

- Me voy, David. Adiós - grité.

Esperé un minuto. David sollozaba en el interior pero no abrió la puerta. Salí al patio, puse en marcha la moto y me fui. Debería haberle llevado conmigo.